

Categoría B

Pseudónimo: Paniculata

Ataraxia

Entraron sin dificultad. El viejo portón de la casería que un día fuera el gran guardián cayó derrotado con la facilidad que se derriba un castillo de naipes.

Ningún perro ladró, tan solo tuvieron que esperar a que el estruendo cesase y no hubiese alarma. Entraron con la cara cubierta por pasamontañas y empuñando diferentes armas. Iba a ser un asalto rápido y sencillo.

-¿Dónde está la vieja?. Preguntó uno de ellos.

La dueña, vestida con un camisón y una garrota que le ayudaba a sostenerse, no tardó en aparecer.

-¡Esto es un atraco! Haga todo lo que le decimos y acabará rápido.

-No se ha escondido, esta chochea. Murmuraron otros.

La anciana bajó las escaleras sin prisa, en su rostro, más allá de la sorpresa no se atisbaba el terror.

-Denos todo lo de valor. Gritó el más gordo mientras le acercaba al pecho un cuchillo de los que se usan para la caza.

-Dinero no tengo, pueden comprobarlo ustedes. Es complicado decirles qué tiene valor y qué no en pocas palabras.

Empezaron a poner las habitaciones patas arriba, vaciando muebles, armarios y cajones en busca de la fortuna que les había traído hasta la casería de Doña Celedonia, la famosa reportera que recorrió el mundo en busca de la noticia.

Después de un par de horas, enfurecidos por apenas hallar unos bolsos sin dinero, un reloj de plata y una cadena de oro, agarraron a la anciana y la volvieron a amenazar. Esta vez juraron apuñalarla si no les decía dónde demonios escondía sus riquezas. Sus manos temblaban agitadas por el Parkinson incluso aferrada a su bastón, pero en ella no habitó el pánico ni un solo instante. No temía aquello para lo que llevaba toda una vida de ventaja.

-Si lo que buscáis es mi fortuna os la puedo mostrar, pensé que querías dinero.

La siguieron con sus armas preparadas, desconfiados por el espíritu salvaje que aún se percibía en la periodista. Era confuso, pues todos sentían la inusitada ataraxia de la anciana, aunque estaban seguros que dada su edad, no podría defenderse mínimamente.

Los condujo hasta una sala de la primera planta con grandes balcones enmarcados en suntuosas cortinas de terciopelo rojo, desde donde se percibía la hermosa lonja delantera.

-Aquí está todo lo de valor.

Ante ellos se descubrió una enorme biblioteca con lámparas de araña, alfombras turcas y un imponente óleo de San Cristóbal, patrón de los viajeros. El lugar que abrigaba a su dueña en los últimos años de vida.

-No viene mucha gente por aquí, únicamente los muy amigos. Bueno y los ladrones ahora.

Dijo mientras se sentaba en la butaca de cuero raído que presidía el espacio con una sonrisa de resignación.

Los ladrones, movidos por el nerviosismo y tal vez alguna otra sustancia química, empezaron a derribar libros de los estantes, esperando hallar algún escondite sin éxito.

La vieja casería y su dueña eran extrañamente parecidas, como si de un paralelismo mágico se tratase, ambas venían de una existencia cargada de admiración y poderío, pero hoy el paso del tiempo las había dejado indefensas ante un puñado de mediocres ladrones y el alma de Celedonia y de su casería, donde se apilaban todas aquellas historias y se ordenaban alfabéticamente las vivencias que un día brillaron, eran pisoteadas sin miramientos.

-Si buscáis alguno en concreto conozco donde está cada autor. No tardo más de lo que me permiten mis huesos en alcanzarlo. Argumentó Celedonia.

-¿Está jugando con nosotros vieja?

-Aquí está todo lo que he necesitado siempre. La fortuna que he atesorado a lo largo de mi vida.

-¡Las joyas hija de puta!. Gritó una chica joven bajo el pasamontañas.

-Pues la Ilíada está en la segunda estantería de la derecha, junto a la Odisea, que también es una obra maestra.

Previendo que no se conformarían, se levantó con dificultad para coger una caja de madera con brillante encerado que entregó sin resistencia. Del interior surgió una preciosa biblia en latín protegida por papel de seda.

-Si buscáis dinero, creo que es el ejemplar más caro que he tenido. Es del siglo XVIII, aunque yo detesto el latín. Prefiero la lengua de Cervantes, por supuesto.

-¿Y qué hacemos con esta mierda? La chica lanzó el valioso ejemplar atravesando el cristal de uno de los balcones en un ademán violento que anunciaba lo que podía ocurrir.

En la biblioteca, sobre trofeos y reconocimientos enterrados por el polvo de los años campaba la melancolía de una existencia llena de gloria. La periodista había trabajado como corresponsal de guerra hasta el conflicto de los Balcanes, donde finalmente se retiró para disfrutar de su jubilación.

Cuando había sido enviada para cubrir la noticia a algún agujero inhóspito del mundo, infectado por el horror y la injusticia, Celedonia llevaba siempre una mochila cargada con los libros que ahora descansaban en sus estanterías, mientras que otros los compraba en aquellos destinos cuando era posible. El ritual de amueblar la tienda de campaña o la habitación del motel donde se hospedase con sus volúmenes era su particular forma de convertir ese rincón perdido del planeta en un hogar, en un refugio.

Aquellos obras habían compartido con ella casi un siglo de experiencias, de aventuras, de derrotas y victorias. Se convirtieron en su familia cuando no había llamadas o cartas de nadie, aunque también a veces sirvieran para calzar alguna cama coja, siempre velando por proporcionarle un instante reparador.

Fueron la mejor cocina donde prepararse para elaborar los mejores artículos de su etapa como corresponsal y cuando los viajes cesaron las páginas tornaron en alacena, desde donde escogía las especias con las que preparó cariñosamente la novela que décadas después le permitiría comprar su finca. Pero también, en los momentos de debilidad se transformaron en botiquín de auxilios, donde encontró la medicina que su alma necesitaba: analgésicos, antibióticos y otras drogas capaces de anestesiar el peso de la existencia cuando no podía más.

Celedonia se echó a reír.

-Creo que esto me pasa por culpa del karma. Porque nunca quise prestar ningún libro. Mostraba, enseñaba y recomendaba pero siempre me negué a prestarlos y ahora vosotros podéis destruirlo todo de un plumazo.

Uno de los asaltantes se abalanzó sobre la mujer en un arrebato de ira asestando tres puñaladas sobre su abdomen. Ella que durante toda su vida había conocido de cerca la muerte, no mostró temor ante el final, ni los años, ni aquellos delincuentes habían conseguido robarle el valor.

-Siempre quise terminar mis días en un lugar como este.

El equilibrio desapareció y la anciana se desplomó desde la butaca como había caído el portón de su casa al inicio de la noche. La sangre empezó a teñir las alfombras, mientras la respiración cesaba y su mirada se congelaba posada sobre la biblioteca infinita. Estaba rodeada de aquellos libros que siempre le acompañaron, como si aún estuvieran dispuestos a volver a hacer del nuevo lugar donde iba, su hogar.

Cuando las primeras luces del alba rallaron el olivar de la finca, Celedonia fallecía entre unos ladrones tan pobres que lo único que fueron capaces de robar fue la vida de una mujer extraordinaria.